

EL PASADO DE TRES CARAS: UN BALANCE DE LA PRÁCTICA HISTORIOGRÁFICA DE LA LITERATURA VENEZOLANA (1906-1973)

Diego Rojas Ajmad
Universidad Nacional Experimental de Guayana
rojasajmad@gmail.com

RESUMEN

En el presente artículo se intenta problematizar el corpus de las historias de la literatura venezolana, caracterizando y clasificando su discurso y paradigmas. Estructurado en dos partes, el trabajo se inicia con una reflexión acerca de la incidencia de los nuevos paradigmas en el desarrollo de las Ciencias Sociales, especialmente de la Historia, y se propone una posible conceptualización de las historias literarias basada en la hipótesis de que cada discurso histórico responde a unas determinadas premisas epistemológicas: la historia literaria racional, la historia literaria empirista y la historia literaria vivencial. En la segunda parte se intenta caracterizar los discursos históricos de la literatura venezolana para mostrar que el corpus de las historias de la literatura venezolana, publicados entre 1906 y 1973, revelan un fundamento epistemológico historiográfico particular, transformando con ello la concepción misma que se tiene de literatura, pasado y nación.

PALABRAS CLAVE: historiografía, literatura venezolana, epistemología.

ABSTRACT

This article focuses on Venezuelan literature history texts by characterizing and classifying them. In the first part, it concentrates in the impact of new paradigms in social sciences, specially History, with the purpose of proposing a new concept of literary history based upon the hypothesis that each historical discourse is related to specific epistemological premises: Rational Literary History, Empirical Literary History and Emotional Literary History. In the second part, it

characterizes the historical discourses about Venezuelan Literature in order to demonstrate that the corpus of Venezuelan literature history texts (1906 to 1973) reveals a particular historical-epistemological statement, transforming our conception about literature, past and nation.

LAS TRES CARAS DE LA HISTORIOGRAFÍA LITERARIA

Los cambios de los fundamentos epistemológicos, ocurridos a partir de la segunda mitad del siglo XX, han obligado a repensar los modos de realización de todo el conocimiento humano. Estos cambios, que han sido una constante en la historia de la ciencia por más de 28 siglos, desde el surgimiento mismo de la curiosidad y la búsqueda de saberes, se manifiestan en diversas concepciones que han servido de soporte al discurso científico.

Una de estas concepciones, que sirve de alimento para extensas polémicas, ha girado en torno a la idea de «conocimiento». Desde los albores de la filosofía y la ciencia, el conocimiento se ha entendido como la representación mental surgida del contacto entre el investigador y lo investigado, es un modelo que permite la comprensión entre el sujeto y el objeto. Un individuo «conoce» algo cuando un modelo de lo conocido reside en su mente y logra confrontarlo y tomarlo como representación de esa realidad; un conocimiento es «más verdadero» mientras más se asemeje ese modelo a la realidad. Esta explicación resultaría satisfactoria si obviáramos los evidentes hilos sueltos que quedan: ¿Es realmente necesaria la experiencia para el conocer? ¿Existe la objetividad en el conocimiento? ¿Puede comunicarse lo conocido? De las posibles respuestas dadas a las preguntas anteriores, pueden esbozarse los enfoques epistemológicos que han dado sustento a la producción científica universal en todos los tiempos: empirista-inductivo, racionalista-deductivo e introspectivo-vivencial.

Para el enfoque empirista-inductivo el conocimiento surge de la experiencia, del continuo ensayo que producirá la repetición, que a su vez propenderá hacia la teoría. Según el enfoque racionalista-deductivo la experiencia es sospechosa e inútil para la investigación,

por lo cual basta con el ejercicio lógico formal para alcanzar el conocimiento. El enfoque introspectivo-vivencial hace suya la idea de que el sujeto y el objeto son uno y que el conocimiento surge, por lo tanto, de una observación interior (Padrón, 2001).

En las Ciencias Sociales, y en el caso específico de la Historia, los cambios en la idea de «conocimiento» han hecho pasar igualmente de la investigación que observa a la sociedad y su pasado como maqueta aséptica, cuyas relaciones entre los individuos pueden estudiarse con fórmulas lógico-matemáticas, pasando por una historia intimista, biográfica, que sustenta su realización en «historias de vida», hasta llegar a la idea de una «historia total», que abarca interdisciplinariamente los distintos ámbitos del quehacer humano. Estos vaivenes en la concepción de la ciencia histórica (racionalista, vivencial y empirista) han fundamentado sus variaciones en los problemas subyacentes a la idea de sujeto, objeto y realidad, en los cuales nos detendremos un poco y constituirá nuestro basamento para intentar una clasificación de las múltiples manifestaciones de la historia literaria. Así, podemos disertar acerca de una historia literaria racionalista, una historia literaria empirista y una historia literaria vivencial.

Pudiéramos reflexionar acerca del modelo de una **historia literaria racionalista**, cuyas características primordiales radican en observar el objeto de estudio, en este caso la literatura, como un hecho universal, como una pieza del lego de los valores y esencias autárquicas que no dependen de contextos, lenguas ni autores. La literatura, cual espíritu absoluto hegeliano, es un ente ajeno a las voluntades humanas. Este modelo de historia literaria surge de los postulados filosóficos de Hegel y de las doctrinas de progreso y desarrollo del liberalismo y se manifiesta, particularmente, con el auxilio de la estilística y el biografismo. Para esta última, el conocimiento del pasado literario es posible en la medida que se dé único valor a las relaciones presentes entre la obra y el autor, excluyendo al contexto y al lector de cualquier posibilidad de significado. Las primeras historias racionalistas de la literatura aparecen en Francia a finales del siglo XIX. Herederas quizás de las poéticas del siglo XVIII que asediaban a las obras desde sus estilos y formas, las historias racionalistas de la literatura impulsaban la idea de la literatura como ajena a la sociedad, sin relación con los cambios políticos, económicos y sociales. De acuerdo con González Stephan, Ferdinand Brunetière (1849-1906), crítico e historiador francés, será el primero en formular

esa idea:

Brunetièrre ya no necesita que la historia literaria documentase el proceso de una conciencia nacional, porque para su método evolutivo las producciones literarias no debían describirse en su relación con los procesos políticos, culturales o sociales. Sólo la causalidad interna, «las influencias de las obras sobre las obras» es lo que había de preocupar al historiador de la literatura. (1985: 26)

Una variante de la historia racional de la literatura se manifiesta cuando se acentúa el elemento «autor» del proceso literario. En este caso, a diferencia del de Brunetièrre que daba primacía a la obra, surge la propuesta del biografismo y de la posibilidad de entender el hecho literario por medio de las peculiaridades de la vida del autor. Charles Sainte-Beuve (1804-1869) es el iniciador de esta línea historiográfica:

El principio de Sainte-Beuve es la observación, no únicamente de la obra literaria, sino de la persona del autor, y ya sabemos hasta qué punto se preocupaba de la vida del personaje, de las aventuras que habían podido sucederle, de su salud, de sus aptitudes físicas, incluso de su vida corporal. Tengamos en cuenta que había hecho la carrera de medicina y que las experiencias de histología en el hospital le sirvieron de mucho. Que Sainte-Beuve haya llegado de este modo a explicar las obras a través de la vida física del autor, ya es otra cuestión; pero esa es su tendencia. (Lefebvre, 1974: 243)

La obra literaria, para la historiografía racionalista, debe encajar en los límites del discurso occidental y liberal. Así, por ejemplo, para esta historiografía el modelo colonial hispanoamericano fue época de vergüenza, signo de atraso y coerción, que hacía indispensable borrarlo de todo registro histórico. Al liquidar todo pasado colonial de la historia, con él se arrastraba la manifestación indígena y popular. El paradigma de desarrollo europeo hacía valorar lo escrito, encauzado en los límites de los cánones de la tradición literaria occidental. Los elementos de la cultura popular rural, indígena y

afroamericana no tienen cabida en este discurso historiográfico (cf. González Stephan, 1993: 373-374).

En lo atinente a un modelo de **historia literaria empirista**, ésta intenta comprender la literatura como un producto cultural, identificada plenamente con su contexto, al cual le debe su definición y peculiaridad mismas. El alemán Johann Herder (1744-1803) será uno de los precursores de este modelo historiográfico, al señalar que cada literatura está arraigada en sus concretas circunstancias espacio-temporales y sólo se comprende desde ellas. Herder será el creador de la expresión *volksgeist*, «espíritu del pueblo», en la cual se manifiesta una idea de que la humanidad no es única, sino que cada pueblo expresa su cultura con sus niveles de desarrollo y particularidades propias, y estos a su vez constituyen una expresión de la totalidad del ser humano. Así, la literatura no es un complejo autónomo, supranatural, sino que es hija de su contexto y cada cultura debe ser única a los ojos del historiador:

Herder fue (...) el primer profeta que vio con total claridad en la cuestión del valor autónomo e irreductible de cada cultura y quien elevó esta autoconciencia cultural a la condición de un principio general. Sostenía que los valores no eran universales; que toda sociedad humana, todo pueblo, toda época o civilización, posee sus normas e ideales únicos, un modo de vivir y de actuar y de pensar propios (...) La visión de la historia humana como un proceso universal único por abrirse paso hacia las luces, etapa inevitablemente superior a las anteriores, es una gigantesca falsedad. Juzgar a una cultura por las normas de otra indica un fallo de la imaginación y del entendimiento. Se trata de una doctrina nueva: Herder identificaba las diferencias y la idea misma de desarrollo histórico de modo muy distinto al de Voltaire. Ningún pueblo o cultura es superior a otro; solo son diferentes, y como son diferentes, tienen objetivos diferentes. (Benavides Lucas, 1994: 271)

Madame de Staël (1766-1817) abonará también esta idea con la publicación de *Acerca de la literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales* (1800), en la cual se anticipa una especie de «sociología de la literatura», camino que expandirá la vía hacia la

interpretación materialista y social de la historia literaria. Hippolyte Taine (1823-1893) será quien inaugure esta corriente al hablar de una influencia del entorno social sobre la obra literaria, donde el relativismo y la percepción multicultural son privilegiadas por sobre toda suposición inmanente y trascendentalista de la obra literaria, entendiéndola más como un producto cultural que pertenece a un contexto social y temporal determinados. Influenciado por el Positivismo, Taine hablará de tres factores que condicionan a la obra de arte: la «raza», entendida como un conjunto de disposiciones innatas y hereditarias que caracterizan a una sociedad; el «medio», que para Taine constituía las condiciones climáticas, las circunstancias políticas y todo tipo de condicionamiento social, incluyendo la religión; y el «momento», que se instala en la dinámica de la tradición.

La tríada raza-medio-momento explica, según Taine, los cambios de las grandes corrientes históricas y la idiosincrasia de las distintas literaturas. En realidad todo se reduce a un problema de mecánica: el efecto resultante es un compuesto determinado totalmente por la magnitud y dirección de las fuerzas que lo producen. En cada época concreta, estas tres fuerzas entran en funcionamiento: el genio de la raza se combina con las circunstancias ambientales (el medio) y las circunstancias históricas -que engloban el impulso de la propia tradición- (el momento) y surge una determinada dirección estética, un nuevo ideal. (Viñas Piquer, 2002: 335)

Vista así, la literatura se configura por las concepciones, ideologías, intereses y afanes de las comunidades y no como categoría restringida por academias o cánones. Este modelo historiográfico destaca las relaciones entre la obra y el contexto y minimiza las posibilidades del autor o lector, considerándolos más como datos que pueden argüir a favor de ciertas hipótesis sociológicas.

La visión integradora del modelo historiográfico empirista, cuya tradición se mantiene con los principios de la historia cultural de Burke (2006), Chartier (2007) y otros, postula que todos somos parte de la cultura, fragmentando y colapsando la concepción clásica de literatura así como la de bellas artes. En el corpus literario de la historiografía empirista comienzan a incluirse los legados poéticos indígenas, las tradiciones populares, los refranes, los chistes, las novelas rosa y las

de vaqueros, entre otras manifestaciones culturales. La condición de texto escrito como fundamento de la literatura desaparece y da paso a nuevas categorías fundadas en la función estética de la obra.

Hablar de un modelo de **historia literaria vivencial** implica partir de conceptos como «sentimiento» en vez de «comprensión»; es ver la literatura como una actividad que permite conocernos, pero que para acceder a ese «conocimiento» se requiere de la participación en la literatura como un lector apasionado o como un escritor más. Se exacerban las relaciones entre la obra y el lector en el proceso de valoración y este último ocupa, por lo tanto, la posición del elemento predominante en la configuración de lo literario. Una historia literaria vivencial es una historia del lector individual, con sus gustos e intuiciones como parámetros para el historiador. El modelo de historia literaria vivencial puede contener la contradicción de exigir la valoración del gusto individual y por esa vía llegar a la imposibilidad de una historia de la literatura.

Algunos teóricos como de Man (1919-1983), siguiendo esta idea, han expresado que el hecho literario real es inasible y multiforme. Lo que vemos en las historias literarias son elementos externos que rodean lo literario y terminan por convertirse en un recorrido temporal de un simulacro:

Interesa más preguntar aquí si es posible concebir la historia de una entidad tan autocontradictoria como la literatura. En el estado actual en que se encuentran los estudios literarios, esa posibilidad está muy lejos de haber quedado claramente establecida. Por lo general se acepta que una historia positivista de la literatura, que trate la literatura como si fuera un acopio de datos empíricos, sólo puede ser la historia de lo que no es la literatura. En el mejor de los casos, sería una clasificación preliminar que abre el camino al estudio literario concreto, y en el peor, un obstáculo en el camino hacia el entendimiento literario. (De Man, 1991: 181)

Casi como en forma de reacción ante la pretensión científicista del Positivismo, surgen el Vitalismo y el Irracionalismo, postulando la intuición, la sensoriedad y el abandono de los sistemas lógicos como las herramientas para entender la obra literaria. González Stephan caracterizará este modelo de la siguiente forma:

En primer término, se trata de una reacción idealista, que postula como único objeto el mundo de las ideas, borrando las diferencias entre el sujeto y objeto y neutralizando la posibilidad de un conocimiento objetivo. En segundo lugar, se trata de una concepción antideterminista donde no hay leyes en la historia, porque toda obra literaria es radicalmente única y singular, y responde exclusivamente a la casualidad. (1985: 27)

El francés Jules Lemaître (1853-1914) será el iniciador, en el ámbito de la historia literaria, de esta perspectiva vivencial. Para él, la labor del historiador de la literatura consiste en reflejar las sensaciones impresas por las obras en el ánimo del lector; por ello se habla también en este caso de una historia literaria «impresionista». La obra literaria no se conoce por métodos lógicos y racionales, sino que es captada por su vivencia, a través de métodos subjetivos e imaginativos.

Con la historia vivencial de la literatura todo esfuerzo sistematizador y de organización cronológica es desechado, por lo cual, mina la existencia misma de los estudios literarios:

Al avalarse la originalidad y la unicidad del texto, comienza a prevalecer el enfoque monístico y parcial en los estudios literarios, socavando, primero, las bases de un conocimiento riguroso de la disciplina; segundo, la visión de conjunto, y tercero, la posibilidad del estudio del proceso histórico de una literatura. (González Stephan, 1985: 27)

Haciendo un resumen de los tres modelos historiográficos propuestos, observamos sus características principales, los historiadores que iniciaron esa forma de historiar la literatura y algunos ejemplos de historias literarias hispanoamericanas escritas bajo esas perspectivas:

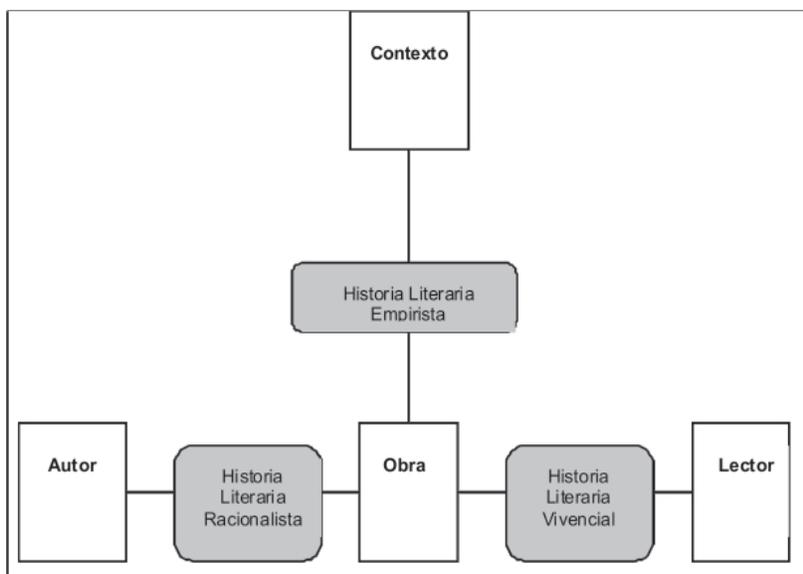
Estos tres enfoques epistemológicos de la historia literaria, el racionalista, el empirista y el vivencial, condensan todas las posibilidades de configurar los discursos acerca del pasado literario. Estos discursos, aunque irreconciliables en sus fundamentos, son necesarios para entender el universo cultural desde todos sus ángulos.

Modelo historiográfico	Características	Iniciadores	Ejemplos
Racionalista	Visión autárquica de la literatura. Se explica la obra a sí misma o en función de la biografía del autor. Se vigila el cumplimiento cabal del canon de las "bellas artes".	Ferdinand Brunetièrre (1849-1906) Charles Sainte-Beuve (1804-1869)	-Enrique Anderson Imbert. <i>Historia de la literatura hispanoamericana</i> , 1954. -Agustín del Saz. <i>Literatura iberoamericana</i> , 1978.
Empirista	Se buscan las relaciones entre la obra y el contexto. Se da primacía al relativismo cultural. Se amplía el criterio de lo "literario" y se incluyen las manifestaciones artísticas de otras comunidades.	Hippolyte Taine (1823-1893)	-Luis Alberto Sánchez. <i>Historia de la literatura americana (desde sus orígenes hasta nuestros días)</i> , 1937. -Pedro Henríquez Ureña. <i>Las corrientes literarias en la América hispánica</i> , 1949.
Vivencial	Se desprecia todo criterio racional que catalogue y valore a la literatura. Por ser la obra literaria un producto de la subjetividad, sólo ésta puede y debe "mostrar" las impresiones dejadas en el lector.	Jules Lemaitre (1853-1914)	-Andrés González Blanco. <i>Los contemporáneos. Estudios para una historia de la literatura hispanoamericana a principios del siglo XX</i> , 1907. -Enrique Díaz-Canedo. <i>Letras de América. Estudios sobre las literaturas continentales</i> , 1944.

Entendidos estos modelos historiográficos como perspectivas para aprehender el hecho literario, pudiéramos utilizar el clásico esquema de la comunicación, que representa el proceso de producción y circulación de las obras literarias, para ubicarlos y representar así los elementos que destaca cada perspectiva historiográfica:

HISTORIA DE LAS HISTORIAS DE LA LITERATURA VENEZOLANA

De los tres ámbitos que conforman los estudios literarios, la teoría, la historia y la crítica, los dos primeros han tenido escaso o nulo desarrollo en nuestro país. El valorar las obras literarias ha sido



práctica común, tal como lo muestra el trabajo realizado por Lovera De Sola (1982), en el cual se registran 1749 textos de crítica literaria en un lapso de 130 años, ello sin contar los aparecidos en prensa y revistas, con lo cual este número seguramente se triplicaría. Sin embargo, la reflexión sobre los fundamentos de lo literario y la meditación sobre sus periodizaciones no han encontrado en estas tierras sustento que la convierta en tradición. Evidencia de este desdén hacia lo teórico es el hecho de que bastan y sobran los dedos de una mano para contar los que han intentado desde Venezuela una teorización de la literatura.

El ejercicio historiográfico en Venezuela no ha corrido mejor suerte. Esta afirmación ha sido planteada también por Arráiz Lucca, quien sentencia: «Las aproximaciones a la literatura venezolana con un propósito totalizante no abundan (...) Escasean, pues, los que de un solo envión examinan el devenir histórico de nuestras letras» (2009: 13). Desde 1906, año en el cual se inicia la historiografía literaria en Venezuela, hasta el presente, se han elaborado sólo seis trabajos que intentan organizar el corpus de la literatura de este país.

Se ha excluido de esta lista a José León Escalante, *Ideas sobre el movimiento literario actual en Venezuela*, de 1936; Manuel García Hernández, con su *Literatura venezolana contemporánea*, de 1945; Arturo Úslar Pietri, *Letras y hombres de Venezuela*, de 1948; Mario Torrealba Lossi, *Literatura venezolana*, de 1954, y a Pedro Pablo Barnola, con *Altorrelieve de la literatura venezolana*, de 1970, por

Año	Autor	Título
1906	Gonzalo Picón Febres	La literatura venezolana en el siglo diez y nueve
1940	Mariano Picón Salas	Formación y proceso de la literatura venezolana
1948	José Barrios Mora	Compendio histórico de la literatura venezolana
1952	Pedro Díaz Seijas	Historia y antología de la literatura venezolana
1969	José Ramón Medina	Cincuenta años de literatura venezolana
1973	Juan Liscano	Panorama de la literatura venezolana actual

cuanto estas obras no constituyen historias orgánicas completas. Aunque en algunas antologías se mencionan a estas obras como «historias de la literatura venezolana», en realidad son compilaciones de artículos publicados previamente en la prensa, dedicados a un trabajo exegético de autores y obras aislados y sin interés de búsqueda de orígenes, relaciones y causas. El mismo Arturo Úslar Pietri, en la obra antes citada, dirá enfáticamente de su libro, afirmación que puede ser aplicada al resto de las obras mencionadas:

Están por eso lejos de ser una historia de la literatura venezolana. Para serlo les faltarían muchas cosas. Entre las más inexcusables: un recuento de la extensa y valiosa obra de los historiadores y ensayistas y un panorama de la poesía, sobre todo la de los últimos años, tan decidora y alta. A lo que más se acercan estas páginas es al esbozo de una cronología del espíritu venezolano, acompañada de una corta galería de siluetas de los hombres en quienes encarna con torturada vocación. (Úslar, 1995: 15)

Cada una de las historias de la literatura venezolana responde a un fundamento epistemológico particular, configurando su propia concepción de lo histórico y lo literario. Queda para otros trabajos el

desmenuzar con detalle cada una de estas seis historias de la literatura venezolana y ubicarlas en el esquema de la tríada racional-empirista-vivencial (Rojas Ajmad, 2011); sin embargo, podríamos adelantar las conclusiones a las que pudiéramos llegar, mostrando en el siguiente cuadro el balance de nuestra práctica historiográfica:

Año	Título	Autor	Fundamento historiográfico
1906	La literatura venezolana en el siglo diez y nueve	Gonzalo Picón Febres	Racional
1940	Formación y proceso de la literatura venezolana	Mariano Picón Salas	Empírica
1948	Compendio histórico de la literatura venezolana	José Ramón Barrios	Racional
1952	Historia y antología de la literatura venezolana	Pedro Díaz Seijas	Racional
1969	Cincuenta años de literatura venezolana	José Ramón Medina	Racional
1973	Panorama de la literatura venezolana actual	Juan Liscano	Empírica

En este breve cuadro de escasas líneas, se condensa el ejercicio historiográfico de nuestra literatura. Como se ve, seis obras y solo dos perspectivas historiográficas. Ese es el saldo y balance de nuestra tradición.

Luego de esta revisión de la historiografía literaria hecha en Venezuela, la sensación que queda en el lector es la de estar en presencia de una obra inacabada, de un mármol a medio cincelar. Pareciera que en el ámbito de los estudios literarios la ingente tarea de crear nuestro corpus, valorarlo y reflexionar sobre sus fundamentos es una labor que apenas ha tenido amagos en nuestros investigadores. La historia, la crítica y la teoría literarias, pilares del arte de la palabra, esperan por su desarrollo en nuestro país.

Sin embargo, ese desdén hacia los estudios literarios no es gratuito y vino acompañado, ya a finales del siglo XX, por una crisis de sus fundamentos. Historia, Literatura, Nación..., conceptos clave en la conformación del saber cultural, se resquebrajaron y sus significados se vaciaron de contenido. ¿Cómo escribir una «historia de la literatura venezolana» si las tres palabras que conforman esta frase se convirtieron en cáscara por la polémica postmoderna, causando múltiples debates acerca de su precisión y utilidad? Por esta razón, pensamos, la última historia de la literatura venezolana fue publicada a inicios de la década de los setenta del siglo XX, época durante la cual la crisis de las ciencias exactas comienza a invadir los terrenos

de las Ciencias Sociales. Luego de este conflicto, era imposible asumir la responsabilidad de crear una historia de la literatura venezolana en solitario, con la seguridad de criterio que utilizaron Mariano Picón Salas o Pedro Díaz Seijas, por nombrar a algunos.

Es imposible, según el paradigma reinante, acometer un trabajo de investigación en solitario y que pretenda abarcar el objeto a estudiar en su totalidad. El saber del mundo acumulado sobrepasa la capacidad de memoria de las comunidades y el paradigma del pensamiento complejo, visión dominante de estos tiempos, obliga a la búsqueda de relaciones múltiples.

La revisión de las perspectivas teóricas y metodológicas tiene también por resultado, al menos en potencia, una expansión sin precedentes de los campos de la historia literaria. En realidad, las grandes empresas globales son cada vez menos frecuentes como realizaciones individuales, mientras que como empresas colectivas se multiplican. Esto significa *ipso facto* la desaparición progresiva de las visiones monolíticas de historia literaria/historia de la literatura en beneficio de estudios más restringidos y coordinados entre sí por una orientación común que no impide, sino que hasta favorece, la apertura del sistema. (Kushner, 1993: 142)

Por estas razones, las estrategias historiográficas actuales se diferencian en demasía con las pergeñadas hace ya más de cien años. La tradición de las «historias literarias», iniciada en Venezuela por Gonzalo Picón Febres, tradición mantenida luego por Mariano Picón Salas, José Ramón Barrios Mora, Pedro Díaz Seijas, José Ramón Medina y Juan Liscano, es hoy día discurso irrealizable. En estos momentos, lo aconsejable es la visión multidisciplinaria y grupal, que asedie la producción literaria de un país desde sus múltiples nichos.

REFERENCIAS

- Arráz Lucca, R. (2009). *Literatura venezolana del siglo XX*. Caracas: Alfadil.
- Barrios Mora, J. (1950). *Compendio histórico de la literatura venezolana*. (2a. ed.). Buenos Aires: Padilla y Roig.
- Benavides Lucas, M. (1994). *Filosofía de la historia*. Madrid: Síntesis.

- Burke, P. (2006). *¿Qué es la historia cultural?* Barcelona: Paidós.
- Chartier, R. (2007). *La historia o la lectura del tiempo*. Barcelona: Gedisa.
- De Man, P. (1991). «Historia literaria y modernidad literaria». En: «*Visión y ceguera: ensayos sobre la retórica de la crítica contemporánea*». Puerto Rico: Universidad de Puerto Rico.
- Díaz Seijas, P. (1962). *Historia y antología de la literatura venezolana*. (4° ed.). Madrid: Jaime Villegas.
- González Stephan, B. (1985). *Contribución al estudio de la historiografía literaria en Hispanoamérica*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- _____. (1993). «Poder y cultura nacional: Estado e historiografía literaria (Venezuela, siglo XIX)». J. Ortega (comp.). *Venezuela: fin de siglo*. Caracas: La Casa de Bello.
- Kushner, E. (1993). «Articulación histórica de la literatura». En: Marc Angenot, Jean Bessière, Douwe Fokkema y Eva Kushner. *Teoría literaria* (pp. 125-144). México: Siglo XXI.
- Lefebvre, G. (1974). *El nacimiento de la historiografía moderna*. Barcelona: Martínez Roca.
- Liscano, J. (1995). *Panorama de la literatura venezolana actual*. Caracas: Alfadil.
- Medina, J. R. (1969). *Cincuenta años de literatura venezolana (1918-1968)*. Caracas: Monte Ávila.
- Padrón, J. (2001). «La estructura de los procesos de investigación». En: *Revista Educación y Ciencias Humanas* (Caracas): jul'-dic'.
- Picón Febres, G. (1947). *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve (Ensayo de historia crítica)*. 2a. ed. Buenos Aires: Ayacucho.
- Picón Salas, M. (1984). *Formación y proceso de la literatura venezolana*. Caracas: Monte Ávila.
- Rojas Ajmad, D. (2011). «Las tramas del ayer: hacia una historia compleja de la literatura venezolana». Trabajo de Ascenso. Ciudad Guayana: UNEG.
- Úslar Pietri, A. (1995). *Letras y hombres de Venezuela*. Caracas: Monte Ávila.
- Viñas Piquer, D. (2002). *Historia de la crítica literaria*. Barcelona: Ariel.